

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Resistiendo la prueba

Santiago 1:12

“Para saber lo que había en tu corazón”

Deuteronomio 8:2

Entre los motivos por los cuales Dios deja a los cristianos en la tierra un tiempo más o menos largo después de su conversión, hay uno bien serio al cual es importante volver a menudo. El trabajo operado en el corazón del recién convertido, ¿es real o solamente pasajero? ¿Es verdaderamente un nuevo nacimiento según Juan 3 (Nicodemo), o simplemente una impresión, una tradición familiar o un entusiasmo efímero correspondiente a la semilla sembrada en pedregales? (Mateo 13). Esto se manifestará a través de la prueba, e igualmente si el hijo de Dios es fiel a Aquel que lo ha llamado.

Cuando se habla de prueba, inmediatamente pensamos en las dificultades, los sufrimientos, los duelos. Éstos son numerosos en el camino del cristiano. ¡Cuántas lágrimas derramadas por tantos hijos de Dios envueltos en la guerra, actos de terrorismo, víctimas de terremotos o inundaciones! Dios permite estos dolores para apegar a los suyos a las cosas que permanecen, las que no se ven pero que son eternas (2 Corintios 4:17-18). Sólo la fe puede asirlas; por eso tenemos especialmente para “el día de la angustia” (Habacuc 3:16) el consuelo de la palabra que dice: “El justo por su fe vivirá” (2:4).

Sin embargo, aquí no nos referimos especialmente a estas pruebas, sino a las que en particular son aptas para manifestar lo más íntimo del corazón del recién convertido.

Todos, más o menos, somos probados por los atractivos del mundo. Lo hemos dejado «en líneas generales», pero volvemos a él «en detalle». No hablamos de las cosas que nuestro Dios nos da “en abundancia para que las disfrutemos” (1 Timoteo 6:17). Sepamos recibirlas de Su mano con agradecimiento, apreciándolas y recordando que nuestro tesoro no está allí. Pero en su epístola Juan hace una clara distinción entre lo que es “del Padre” y lo que es “del mundo” (1 Juan 2:16). Siempre debemos recordar que lo que no es del Padre, es del mundo. Todos estamos inclinados a la codicia, esa trampa interior de la carne en nosotros que nos hace desear lo que Dios no nos da.

Se necesitan pocas cosas para ser arrastrados, pues nuestro espíritu rápidamente flaquea y no discierne más lo que es “del Padre”. Por eso es importante saber decir “no”, aunque a los hombres les “parece cosa extraña” que no corramos con ellos en su mismo desenfreno (1 Pedro 4:4). Esto implica vigilar sobre nuestras costumbres, el empleo de nuestras horas libres, nuestra vestimenta, nuestra forma de expresarnos, nuestras compañías. Cuántos esfuerzos, a veces, para elegir lo que mejor nos conviene, mientras la Palabra de Dios dice: “Comprobando lo que es agradable al Señor” (Efesios 5:10).

El mundo está aquí, alrededor de nosotros, con todos sus atractivos; él hará manifestar lo que somos, el lugar dónde realmente está nuestro corazón. La pregunta no es: ¿puedo hacer esto?, sino, más bien: ¿haciéndolo, seré manifestado fiel? ¿Damos a entender claramente que buscamos una patria celestial (Hebreos 11:14-16), mientras habría tiempo para volver a la antigua?

Hay otra prueba que se presenta con frecuencia ante los jóvenes creyentes, especialmente los estudiantes: las “filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres” (Colosenses 2:8). Cuántos problemas e inquietudes presenta Satanás al espíritu que se abre a la vida, buscando extraviarlo de la “sincera fidelidad a Cristo”; el enemigo se esfuerza en sembrar la duda, en quebrantar la fe. ¿Qué manifestará esta prueba en nuestro corazón? ¿Son todos nuestros pensamientos llevados cautivos “a la obediencia a Cristo”? (2 Corintios 10:5). Pidamos a Dios la gracia para permanecer humildes, a fin de no exaltarnos a nosotros mismos. En cambio, sometámonos a los pensamientos divinos, expresados en su Palabra, incluso si al principio no los comprendemos.

Recordemos también que no es necesario saberlo y conocerlo todo; renunciar a ciertas lecturas, a ciertos estudios y discusiones, a fin de agradar al Señor, tal vez nos dará un lugar menos brillante en el mundo, ¡pero cuánto gozo interior! Y podemos estar seguros de que Dios jamás dejará sin recompensa un sacrificio hecho para él. ¡Solamente que el sacrificio viene primero, por amor al Señor! ¡Esto también manifiesta lo que hay en el corazón!

Entre muchas otras, mencionaremos todavía una prueba que bajo dos aspectos manifiesta lo que hay en los corazones. Aunque parezca extraño, con frecuencia tiene por víctimas a aquellos a quienes el Señor ha puesto en el corazón servirle: “el azote de la lengua” (Job 5:21).

Ya el apóstol Pablo tuvo que escribir: “Se nos calumnia” (Romanos 3:8); en varias de sus epístolas lo vemos obligado a defenderse contra los que lo acusaban falsamente, atacando el ministerio que el Señor le había confiado. Muchos siervos del Señor han tenido que experimentar lo mismo. Prueba penosa, sobre todo cuando la calumnia no

viene de personas del mundo. La calumnia siempre deja huellas, aun cuando los hechos sean esclarecidos más tarde. La maledicencia cuenta a terceros un mal real, en lugar de contárselo al Señor, según 1 Juan 5:16, y al culpable mismo, según Mateo 18:15. Pero la calumnia, a menudo por negligencia, lleva a quien quiera escucharla un mal supuesto, no verificado, aun quizás inventado. ¡Que Dios nos guarde de este triste pecado que nos ensucia más de lo que nos damos cuenta! El nombre del diablo proviene del griego y significa: acusador, calumniador.

Hablar mal de los demás es una prueba a la que con frecuencia se enfrenta el creyente; ella manifiesta el estado de su corazón: “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). ¡Cuán grave es hablar mal de un siervo de Dios, y peor aún, calumniarlo! (Números 12:8).

Si el Señor permite que a nuestro turno seamos víctimas de ese “azote de la lengua”, recibámoslo de su mano. Tal vez haya muchas cosas que juzgar en nuestro andar o en nuestro servicio. Pablo dice: “Nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia... por mala fama y por buena fama” (2 Corintios 6:4-8). Recordemos también el ejemplo del Señor Jesús en el momento más doloroso de su ministerio aquí en la tierra, para que por la gracia de Dios podamos decir como él: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26). Por una parte, no nos incumbe afanarnos en responder a las calumnias, y por la otra, tampoco debemos dejarnos desanimar o detener por ellas. Dios esclarecerá todo cuándo y cómo lo juzgue conveniente. Es necesaria la paciencia y la humildad, con la conciencia de que todo servicio es una gracia (2 Corintios 4:1). Sigamos cumpliéndolo en su dependencia, recordando las palabras del profeta Jeremías: “Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud. Que se siente solo y

calle, porque es Dios quien se lo impuso” (Lamentaciones 3:27-28).

“Contó, contó, pesado, roto” (Daniel 5:25-28), escribió la mano misteriosa sobre el muro del palacio de Belsasar. Antes de llegar a la conclusión: “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”, Dios “contó” cuidadosamente. La palabra “Mene”, esto es, “contó”, se repite dos veces. Él no se da prisa en juzgar, pero juzga justamente. Las pruebas del camino están ahí para manifestar lo que hay en nuestro corazón. Primero, mostrarán si somos verdaderamente hijos de Dios por la fe, y luego, si somos fieles. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo” (2 Corintios 5:10). Habrá coronas en la “aparición de nuestro Señor Jesucristo”, pero no para todos: sólo aquel que haya “resistido la prueba, recibirá la corona de vida” (Santiago 1:12). Que el Señor nos guarde de perderla al dejarnos seducir por los atractivos del mundo, las filosofías de los hombres y las trampas o dificultades del camino. Dejemos que su gracia obre en nuestros corazones, porque sólo ella puede producir la fidelidad que lo glorificará.

G. A.

*Cuando en tu venida,
Escuche el llamado
De tu voz conocida
Para entrar en el cielo,
¿Qué llevaré?
¿Qué querrá de mí?
Tú me abres la puerta:
Todo me viene de ti. (H. R.)*

Nuestros actos nos siguen

Esta afirmación emana de un principio inmutable que nos es dado en Gálatas 6:7-8: “Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”.

Cada hombre riega una semilla a cada instante, a cada paso. Esta semilla consiste en pensamientos, palabras o hechos. En su momento, dicha semilla germinará y dará su fruto; el tiempo de la siega llegará inevitablemente, y nadie podrá escapar. Es posible que otras personas deban cosechar con nosotros, pero nadie puede hacerlo en nuestro lugar. Podemos regar nuestra semilla en dos terrenos diferentes: el de la carne y el del Espíritu. Algunas personas se imaginan que pueden sembrar para la carne y recoger una cosecha espiritual. ¡Qué aberración! Otras, después de haber sembrado para el Espíritu, se decepcionan al no poder recoger una abundante cosecha material. ¡Que falta de lógica! No, estos dos campos están separados “por una gran sima” (Lucas 16:26). Un maestro de escuela dominical, después de haber contado a sus alumnos la historia del rico y Lázaro (Lucas 16), les preguntó: Pues bien, ¿quién prefieren ser, Lázaro o el hombre rico? Un chico respondió: «¡Yo quiero ser como el hombre rico durante mi vida, y como Lázaro después de morir!» De hecho, esto es imposible.

Muchos ejemplos bíblicos nos confirman este principio. Jacob, para obtener la bendición, utilizó artimañas; mintió a su anciano padre Isaac, ciego, para hacerse pasar por su hermano Esaú. Pero más tarde fue engañado por Labán, quien le dio a Lea, la despreciada, en lugar de Raquel, la

amada. Posteriormente sus diez hijos también le mintieron, enviándole la túnica ensangrentada de José.

Constatación más grave aun: la cosecha no solamente es de la misma especie que la semilla, sino que recogemos mucho más de lo que sembramos. De una bellota sale un inmenso roble. Jacob mintió y sus diez hijos vinieron a él con otra mentira decuplicada. El pueblo de Israel también recogió una cosecha multiplicada: debido a su incredulidad, por los 40 días que los espías anduvieron recorriendo el país, tuvieron que permanecer 40 años en el desierto, hasta que toda esa generación pereció (Números 14:34).

Sí, nuestros actos nos siguen. A veces tenemos que soportar durante el resto de nuestra vida las consecuencias de un paso dado en falso o de un acto de nuestra propia voluntad, incluso como cristianos. Cuántas vidas malogradas, cuántos testimonios arruinados después de una decisión tomada a la ligera, despreciando la autoridad del Señor, de su Palabra, y obrando según las preferencias personales o siguiendo ciertos consejos. Sin duda, en los numerosos problemas que se les presentan a los jóvenes (casamiento, profesión, etc.), el Señor puede servirse de los consejos de hermanos mayores y más experimentados; pero en primer lugar debemos depender del Señor. No imitemos al joven rey Roboam (1 Reyes 12), quien después de haber consultado a los ancianos, los cuales le aconsejaron obrar con moderación, prefirió escuchar a los jóvenes orgullosos y frívolos. Dio al pueblo una necia respuesta (v. 14), y por su falta, perdió más de dos tercios de su territorio. Esa división, que jamás fue sanada, llegó a ser una inmensa e irreparable desgracia para el pueblo de Israel.

Actuemos como Naamán (2 Reyes 5); a pesar de su elevada posición, siguió los consejos de sus siervos (v. 13) y

obedeció a Eliseo aceptando zambullirse siete veces en el Jordán. Era el único medio de sanarse.

Meditemos en la enseñanza de los Proverbios: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida" (4:23). "Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (3:5). Y en cuanto al impío, "retenido será con las cuerdas de su pecado" (5:22).

Sin duda, los caminos de Dios en su gobierno hacia este mundo y hacia los suyos a veces nos parecen misteriosos e incomprensibles. Él es infinitamente sabio para medir el grado de responsabilidad de cada uno. Aunque el sentimiento de Su gracia insondable nos lleva a decir: «¡Cuántas veces, en lugar de castigarme, tus tiernos cuidados y tu desbordante piedad sólo han dejado en mi corazón un recuerdo, el recuerdo de tu misericordia!», no podemos por ello despreciar esta declaración divina: "Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará".

J. Khm

PARA TODOS

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

"**PARA TODOS**" tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es "inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).